

---

---

## LOS PRIMEROS TIEMPOS

---

Recibido: 12/08/2021

Aceptado: 20/09/2021

### Politizar el encierro, abrir el horizonte Entrevista a Juan Pablo Parchuc y Silvia Delfino<sup>1</sup>

por Sabrina Charaf y Laura Navarro

**¿Cuándo y cómo empezó la carrera de Letras en el Programa UBA XXII? Además, teniendo en cuenta que el Programa UBA XXII ya tenía una trayectoria, nos preguntamos ¿por qué Letras?**

JP: En principio porque la mayoría de les que empezamos a trabajar en ese momento éramos de Letras. Las primeras actividades fueron organizadas a partir del área de Extensión, en particular del área Queer que coordinaban en ese momento Silvia Delfino y Flavio Rapisardi. Éramos un grupo de docentes, investigadores y activistas que proveníamos mayoritariamente de Letras, pero también había gente de Sociología, de Filosofía y de otras carreras, y la primera propuesta que formulamos en ese espacio tuvo que ver, justamente, con la escritura, con vincular la escritura con derechos y políticas contra la discriminación.

En realidad, esto tiene dos orígenes. Uno es el área Queer: en el año 2004, empezamos a dar apoyo a un grupo de personas que habían sido detenidas en el marco de las protestas contra el Código Contravencional frente a la Legislatura Porteña. Como nosotres formábamos parte de la coordinación contra el código, empezamos a entrar a las cárceles a través de organismos de Derechos Humanos, en particular de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (hoy Derechos Humanos), a dar el apoyo social y también una parte del apoyo jurídico.

Además, casualmente yo había empezado a dar clases en el CBC de UBA XXII en el año 2005 y entonces eso también nos dio la posibilidad de entrar en contacto con el Programa. O sea, el contacto fue por esas dos vías: cuando nosotres entramos como parte de la coordinación de las organizaciones en septiembre de 2004, había algunos compañeros que ya estaban participando activamente del Programa UBA XXII y nos hicieron conocer el espacio; y, en simultáneo, nos

---

<sup>1</sup> Las entrevistas de este *dossier* fueron realizadas de forma oral y luego transcritas.



---

---

ofrecieron participar del dictado del CBC y entonces ahí yo también empecé a dar clases en Devoto y en Ezeiza.

A su vez, la mayoría pertenecíamos a Letras y las primeras actividades tuvieron que ver con escritura, con repensar la forma de intervención desde la palabra. Empezó a haber un interés muy marcado por saber un poco más de esos marcos y discusiones de la carrera. Asimismo, estuvo la iniciativa de un compañero de Devoto que quería estudiar Letras (me lo pidió así: “Yo quiero hacer Letras”) y después eso se replicó en Ezeiza. Desde el principio nos interesaba que no hubiera desigualdades entre esos espacios porque ya había un sesgo marcado, diferencias entre el penal de varones y el de mujeres respecto a la oferta académica. En este sentido, nosotros como Filo decidimos que la carrera se diera en los dos lugares.

### **En estos inicios de la carrera de Letras en el Programa UBA XXII, ¿cómo fueron los vínculos con extensión y otros espacios de la Facultad?**

SD: El acento puesto en la relación entre Derechos Humanos y escritura es crucial en la historia del programa, por lo que implicó para nuestras prácticas. Desde el área Queer, lo que proponíamos era articular las propuestas de diversos movimientos contra la represión y la exclusión con la historia de las luchas por los derechos LGBT en nuestro país. Habíamos trabajado desde el año 94 tratando de incluir estos debates en nuestras prácticas como docentes e investigadores, y también desde la extensión para dar visibilidad a los reclamos por derechos. En este marco, la causa de la Legislatura que mencionaba Juan Pablo nos permitió conocer las formas de solidaridad popular con personas presas. En ese momento, además, Juan Pablo ya estaba escribiendo sobre códigos contravencionales y en el año 2006 publicamos un libro sobre los códigos contravencionales y de faltas de todo el país en relación con la Federación Argentina LGBT y el INADI.

En nuestra experiencia –tanto en la carrera de Letras como en Extensión– era crucial trabajar ese vínculo entre las formas de visibilidad y de organización alrededor de las luchas contra la represión y la exclusión para interrogar la relación entre desigualdad de clases y la condición crítica de las diferencias porque, justamente, uno de los conceptos centrales que trabajábamos era una noción no restrictiva de la identidad. Entonces, allí el género, la sexualidad, las diversidades en los marcos en los que se enuncia, se escucha y se organizan las luchas contra la represión y la exclusión eran fundamentales para incluirnos en el Programa UBA XXII, que ya estaba funcionando.

De hecho, recuerdo que hablamos en ese momento con Alcira Daroqui desde la Liga Argentina por los Derechos del Hombre para ver cómo dialogar. Ahí, según mi recuerdo, Juan Pablo ya estaba trabajando en el CBC y ella nos comentó –y esa fue una de las cuestiones que consideramos desde el primer momento– que había una desigualdad, como dice Juan Pablo, entre la oferta educativa en Devoto por estar en el centro de la Ciudad de Buenos Aires y la oferta educativa en el penal de mujeres de Ezeiza, en aquel momento llamado Unidad 3 (hoy Complejo Penitenciario Federal IV); no solo porque estaba más lejos, sino también porque había una reticencia a incluirse en esos penales.

Entonces, en el año 2008 fuimos a la Unidad 3 para empezar nuestras actividades y ya teníamos experiencia en esta articulación compleja, interesantísima, de la palabra y la posibilidad de dialogar en una escena que no estuviera dominada por los circuitos de disciplinamiento y control de una institución total como es la cárcel; algo que nos permitió el Centro Universitario Devoto (CUD), como una instancia que tenía sus propias formas de autogestión y donde, por lo tanto, la

---

---

escena de diálogo, la producción de textos o de situaciones de lectura y de compartir esa lectura eran completamente marcadas y señaladas por sus diferencias con el resto de los espacios de la cárcel.

Eso nos permitió leer una cantidad de materiales que ya habían producido investigadores/as de nuestra Facultad, por ejemplo, a través de la Modalidad de Educación en Contextos de Encierro del Ministerio de Educación, a partir del 2006, o de organizaciones sociales con trabajo en cárceles. Juan Pablo inmediatamente hizo la consulta y luego la articulación con esas investigaciones que estaban trabajando la especificidad de lo educativo y compartiendo sobre la forma de disciplinamiento y control en un pabellón, en los lugares por los que se circula; la distancia de los derechos no solo a la educación, sino también a la salud, al contacto con las familias, entre otros. De modo tal que ya en el CUD pudimos apreciar esta diferencia completamente especificada en la palabra de quienes organizaban el centro universitario, pero también de quienes antes que nosotros habían transitado por estos espacios; esa diferencia fundamental entre dialogar, producir, leer y darle valor a la palabra en escenas colectivas.

Algo que fue deslumbrante desde el primer momento, proviniendo nosotros de Letras, fue encontrarnos con un valor crítico, una conciencia muy aguda respecto de la palabra elaborada en instancias a las que se les adjudica creatividad o modos de reflexión sobre la propia historia y sus alcances en proyectos colectivos. Ahí apareció de manera muy clara cómo en la organización de instancias singulares en el CUD y después en el CUE (tanto en el complejo de varones, como el complejo de mujeres) la literatura tenía un lugar propio, no como forma institucionalizada de producción de cánones o de tradiciones, sino porque se le adjudicaba a esa palabra una condición reflexiva de elaboración en común y, al ser compartida, involucraba la propia vida en términos colectivos de quienes estaban en esta tarea.

Esto fue lo que Juan Pablo con su oído prodigioso, bajtiniano –como le digo yo– inmediatamente elaboró para después proponer un Programa de Extensión en Cárcel (PEC). Juan Pablo percibió inmediatamente que en el CUD circulaba una diversidad de textualidades: escritos judiciales, informes penitenciarios, pero también relatos, poemas, cartas, formulados como resistencia al encierro. Justamente allí nuestra carrera y nuestra Facultad tenían una inscripción singular porque todas sus carreras están involucradas en ese vínculo entre la palabra concebida como ratificación de dispositivos de disciplinamiento y la palabra como elaboración colectiva.

Para este proceso fue fundamental el rol de la Secretaría de Extensión, que ya nos había habilitado desde la Facultad el trabajo con el Área Queer y nuestra participación en juicios contra la represión, por ejemplo, en el caso de un juicio al escuadrón de la muerte de Zona Norte. Nos habían hecho una autorización para que fuéramos en nombre de la Facultad; es decir, ya se había instalado un sostenimiento de nuestras acciones contra la represión en el marco de acciones contra la discriminación. Todo esto por la escucha singular que tienen las personas que en nuestra Facultad históricamente han estado en relación con territorios situados, por ejemplo también en relación con la lucha contra la represión a pueblos originarios. Esto es importante para la historia del PEC y de nuestra intervención en el Programa UBA XXII, porque creo que el modo en que cualquier acción contra la represión y contra la discriminación fue escuchada en nuestra Facultad tiene que ver, justamente, con la historia de las propias carreras también. No se trataba simplemente de llevar la carrera, sino de ampliar los espacios de intervención de nuestra Facultad en condiciones de encierro. Esto representaba un cambio con respecto a otras gestiones. Desde el año 85, cuando se había armado el CUD por iniciativa de las personas privadas de la libertad,

nuestra Facultad solo había hecho un par de incursiones transitorias. De hecho, en aquel momento se dijo explícitamente que las carreras de Filosofía y Letras (y también las de Ciencias Sociales) no se podían enseñar en una cárcel.

Insisto en la escucha de Juan Pablo, que estaba trabajando en aquel momento en su tesis sobre la especificación del estatuto del testimonio en la literatura respecto de los procesos de legitimación de la justicia y la ley. Eso nos permitió, con la consolidación del PEC, agregar a nuestra tarea un problema fundamental de los programas de educación en cárceles, que tiene que ver con la reflexión sobre cómo trabajar con las historias recibidas. Una de las cuestiones que forma parte de la producción de un taller de edición, un taller de educación popular, un taller de narrativa o un taller de elaboración de proyectos culturales (talleres que forman parte del PEC) es la de trabajar colectivamente la escucha y el diálogo respecto de cómo se reciben los testimonios y cómo se formulan horizontes futuros.

**En uno de los artículos que ustedes escribieron junto con Flavio Rapisardi, titulado “Las acciones contra la discriminación y la represión desde la carrera en Letras”<sup>2</sup>, nos resultó interesante que cuentan que barajaron la posibilidad de crear una materia específicamente para el dictado de la carrera en UBA XXII, pero entendemos que luego se dictó Teoría y Análisis Literario con el mismo programa de la sede de Puan. ¿Se acuerdan los motivos y los aspectos que consideraron para decidir si convenía o no proponer una materia o un programa *ad hoc*?**

JP: No recuerdo muy bien lo que pasó particularmente con ese programa, pero sí que era un momento muy inicial, de prueba y error, de empezar a ver de qué manera se insertaba formalmente la carrera en un espacio en el que, en realidad, nosotres ya estábamos desde antes articulando una propuesta de extensión universitaria que implicaba, como decía recién Silvia, no solo la carrera de Letras, sino también otras carreras y formas de intervención y producción de conocimiento de la Facultad. Entonces, nos preocupaba cómo hacer un programa que estuviera más articulado con estas prácticas y experiencias que veníamos desarrollando desde la extensión con la escritura, con la politización de la palabra en términos de los relatos personales y colectivos. Por eso pensamos un programa que conectara, desde la teoría literaria y cultural, los conocimientos que tal vez estaban enunciados como parte de nuestra materia, pero especificados en términos de las prácticas, de la escucha, de lo que nosotres veíamos como problemáticas y demandas de esos espacios, tanto en el CUD como el CUE.

SD: Yo recuerdo que ahí Juan Pablo empezó a elaborar lo que después también fue parte de los fundamentos del PEC, que era una demanda que había en los espacios donde, en principio, llevábamos para compartir los debates públicos sobre los derechos que estaban siendo reconocidos en el marco del Plan Nacional contra la Discriminación, en el que también habíamos participado como Área Queer. La noción de antidiscriminación era bastante ajena a lo que se hacía fundamentalmente en las carreras de Derecho y Económicas en el CUD. Entonces apareció una demanda sobre cómo la historia de estas luchas que en el CUD estaban por las propias prácticas, podía ser parte de un registro genealógico de cómo en América Latina la lucha contra la represión

<sup>2</sup> Delfino, S., Parchuc, J. P., Rapisardi, F. (2007). “Las acciones contra la discriminación y la represión desde la carrera de Letras”. *Espacios de Crítica y Producción*, n° 36, 97-111. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

---

---

y contra la discriminación estuvieron enlazadas en organizaciones colectivas. Ahí empezamos a registrar una demanda que –insisto– después Juan Pablo elaboró en el PEC y sus investigaciones, que consiste en registrar los modos en que la literatura forma parte, como material, de modos de intervención crítica. Ahí empezamos a imaginar los debates que hoy son algunos de los núcleos de nuestro programa de Teoría y Análisis Literario respecto de textualidades, experiencias y proyectos de escritura situados.

**¿Puede ser que la incorporación de Letras, entonces, haya implicado el abordaje de estas textualidades y la focalización en problemáticas vinculadas puntualmente con la escritura?**

JP: Nuestra inclusión en este espacio en relación con otras carreras marcaba una serie de problemas, de demandas en relación con la especificación que podíamos hacer nosotros desde el trabajo con la escritura en la reconstrucción de los relatos y las formas de organización.

Desde mi lugar en el CBC, también había percibido en ese espacio una ligazón a ciertos lenguajes –como el lenguaje del derecho o incluso de algunas zonas de la sociología– apoyados en la transparencia de la palabra respecto de la vida y de las normas. Para nosotros en Letras esto era un problema. Desde nuestra carrera, dar cuenta de la materialidad de la lengua y las formas de reorganización que propone la escritura respecto de esas escenas sociales y políticas era también algo que podíamos, de alguna manera, poner en juego ahí y aportar al espacio. La idea era pensar un registro que no fuera desde los conocimientos académicos a los hechos, sino que tuviera una mediación a través de una reflexión sobre la escritura; que hiciera hincapié en la enunciación, en las formas de construcción y recreación de voces, y que a la vez recuperara esa potencia que ya existía ahí, esa energía de los usos de la palabra con sesgo, de la palabra incluso irónica que nosotros escuchábamos también ahí como parte de los modos de decir.

SD: Juan Pablo estaba trabajando en ese momento cómo historizar, cómo hacer una genealogía de la relación con la violencia y la justicia en un corpus literario que abarcaba, además, varias décadas muy problemáticas y la demanda que recibíamos era muy fuerte. Además, no solo era una demanda, sino que también era lo que surgía de la escena misma de la elaboración y la producción de textos porque nosotros propusimos producción de textos y producción de escritura ya desde la primera actividad a principios del 2005. Entonces ahí veíamos que había una elaboración que nos requería también un trabajo propio desde la carrera, desde nuestras materias, desde Teoría y Análisis Literario obviamente, porque implicaba poner en juego las condiciones de producción de los textos. Esto es lo que Juan Pablo propuso tanto en su tesis de doctorado, como en su posdoctorado y después en el PEC: la heterogeneidad, la complejidad y, simultáneamente, las relaciones concretas que establece la multiplicidad de escrituras que hay en estos espacios.

JP: Y a la vez cómo esas textualidades interpelan las propias escenas que se ponían en juego allí en términos también de escritura: la escritura de la ley, por llamarlo de alguna manera, o la escritura de la justicia, los informes penitenciarios, incluso las formas en que los medios de comunicación o la prensa tratan a la cárcel y a las personas encarceladas. Me acuerdo muy puntualmente que después de un examen de Sociología, se acercó un compañero en Devoto a decirme que él tenía un problema con su causa. A raíz de eso, llevamos su problema al juez de la causa, Carlos Rozanski, a través de una compañera que actuaba como querellante en los juicios contra genocidas desde la Liga Argentina por los Derechos Humanos, y así descubrimos que era una causa completamente armada a partir de álbumes fotográficos, y en el transcurso de un mes le

---

---

dieron la libertad. Más allá de lo anecdótico, me parece que también era una forma de intervenir desde la lectura, desde una lectura situada e implicaba también una forma de reescribir, justamente, esas escenas a partir de los vínculos organizativos de adentro y de afuera que tratábamos de poner en juego y articular con el espacio.

### **Estas formas de intervención fueron marcando el recorrido de la articulación entre el PEC y Letras, ¿no?**

SD: Me parece que lo singular también del PEC para Letras es que no es un programa de una cátedra simplemente, sino que lo que propone es el valor crítico, la energía de la escritura como una escena crítica y movilizadora desde nuestra carrera. Esto lo percibimos porque tuvimos además el privilegio de que inmediatamente tanto María Elvira Woinilowicz como Luciana De Mello desde el Taller de Narrativa, que inauguraron en el CUD, lograran intervenir la voz, como dice Juan Pablo, del sentido común habitual del periodismo, una voz que se ponía a prueba cuando lo que estaba en juego eran las formas canónicas tanto de dar cuenta de la propia experiencia, como del modo en que el sentido común incrimina a las personas en situación de encierro.

JP: Estamos hablando de experiencias iniciales en el CUD, en el marco de prácticas de extensión universitaria, pero que resultaron fundamentales para el desarrollo de otros proyectos y actividades también en el resto de los espacios. Principalmente por aquella potencia de la palabra, como decía antes, irónica, burlesca por momentos, que nosotres aprendimos a escuchar allí como una forma de intervenir sobre esas escenas. Eso después, traducido a la escritura, creo que tuvo mucha potencia también para los espacios del Taller Colectivo de Edición con las revistas *La Resistencia*, *Los Monstruos Tienen Miedo* y *Desatadas*, el espacio de Narrativa, el Encuentro Nacional de Escritura en la Cárcel y todo lo que se fue armando con el tiempo.

### **A partir de estas experiencias iniciales, ¿recuerdan qué desafíos tuvieron como coordinadores en este proceso de ir instalando la carrera de Letras en el CUE, junto con los primeros grupos de estudiantes y con los primeros equipos de cátedra que participaron?**

JP: Esa es una historia larguísima. Lo que recuerdo de ese período, sobre todo entre 2005 y 2008, es que era un momento de mucha efervescencia política adentro y afuera también por la escena que había abierto el kirchnerismo; además veníamos de la crisis de 2001 y eso también tenía resonancias en la cárcel y en la población encarcelada. A su vez, era un momento donde en el CUE coincidían algunas compañeras que aportaban una experiencia desde la prisión política y de las formas de organización populares con compañeras que tenían muchos años adentro y que manejaban muy bien las lógicas “tumberas”. Recuerdo eso como algo que marcó mucho el espacio en esos años porque, si bien el centro universitario ya existía como figura institucional, fue en esos años cuando ellas se apropiaron de dos aulas del sector Educación que de alguna manera fueron tomadas al servicio, digamos, y colocaron ahí el CUE. De hecho, se hace la inauguración formal, si no recuerdo mal, en el año 2008.

Y en esos años sale la revista *Oasis*, en el marco de un proyecto del Taller de Computación de la Facultad de Ciencias Exactas, pero que de alguna manera también nos involucra, en el sentido de la escritura. Entre 2005 y 2008 salen esos cuatro o cinco números de *Oasis*. Justo los estaba

---

---

releyendo el otro día para hablar de este modo en el que los espacios son redefinidos, reapropiados y cómo cambia la perspectiva del encierro desde esos espacios de organización colectiva. Claudia Sobrero en uno de los primeros números dice, refiriéndose al nuevo espacio, que uno no pensaba más en destruir el lugar sino en darle vida. Y ese darle vida se expresa de muchas maneras porque, por ejemplo, recuerdo el aula principal con el pizarrón y un mural que habían hecho las chicas de un paisaje. Algo similar había en el CUD, de hecho. En ambos aparece esa cosa de abrir el horizonte.

Después se hizo la obra del CUE, donde está actualmente, pero en ese momento el espacio era de Educación, aulas tomadas. Las chicas le decían “la casita”, como un modo de apropiación. Ahí estaba esta imagen en el muro, era el pizarrón de un lado y del otro un mural, y de alguna manera también era un modo de abrir el horizonte, de poder hacer algo con este espacio, transformarlo en algo que abriera las perspectivas. Y mi recuerdo de esos años es como de rancho: era el rancho en la universidad o la universidad como rancho. En el sentido de los cuidados de sí, del otro, la solidaridad, la escucha, el acompañamiento, que son tan característicos de ese espacio de sociabilidad que es el rancho. De alguna manera también se generaba rancho ahí y las chicas habían armado su propio rancho. Recordaba eso y que a su vez la politicidad del espacio nos pedía lo que después terminamos armando, que fue, al principio, el taller de escritura, derechos humanos y políticas contra la discriminación, en el cual, en cada sesión, invitábamos a alguene integrante de una organización feminista LGBT, migrantes afro, organismos de derechos humanos, también alguene periodista de medios alternativos. Todos estos eran también los vínculos que nosotres teníamos por el Área Queer y todo lo que habíamos aprendido respecto de esos modos de organización por Flavio Rapisardi y por Silvia. Y de alguna manera la politicidad la pedía el espacio. Era politizar el encierro pero porque el encierro ya estaba en un momento de organización y de transformación.

Había un grupo de entre 6 y 10 compañeras que estaban muy activas en ese espacio, algunas como Claudia Sobrero, que ya mencionamos, o Karina Germano, “La Galle”, vinculadas a las organizaciones anarquistas y a H.I.J.O.S, y que aportaban mucho a la construcción de ese espacio; y otras experiencias de estudiantes como es la de Lidia Pérez que en una entrevista también dice “yo entré como ama de casa y salí como sujeto político”. Me parece clave eso porque implica que ese espacio, además de ser un espacio de acompañamiento, de cuidado, de solidaridad, de rancho, como decía recién, también es un espacio de organización y de formación política. Eso estaba muy marcado en las chicas y también había un contraste con los muchachos que ya venían de un proceso más largo de organización, con un centro universitario mucho más instalado que se había inaugurado en 1985, con sus propias construcciones, estatutos y formas de representación muy marcadas (el primer espacio del CUE se fundó casi una década después, en 1994).

Recuerdo también que en esos años las chicas del CUE consultaban a los muchachos del CUD y se burlaban un poco de ellos respecto de los estatutos, porque decían “estos pibes son muy jerárquicos, arman estructuras donde hay jefes, y a nosotras no nos interesa que haya una voz que prime sobre las demás”. Ahora podríamos atribuirlo a una perspectiva feminista y antipunitivista, pero en ese momento no había lecturas tan claras al respecto. Sí había una conciencia muy marcada de eso: “nuestro estatuto va a ser horizontal, nosotras no vamos a tener un presidente, porque no necesitamos presidente, necesitamos estas asambleas donde poder organizarnos y disputarle el espacio y las actividades al servicio penitenciario”, decían.

---

---

También hubo momentos de altibajos, vaivenes, los grupos se fueron rearmando y fueron cambiando a lo largo del tiempo, pero en ese primer momento esto estaba muy presente, y era algo muy singular también de ese espacio.

### **¿Qué otras cuestiones vinculadas con los géneros y los feminismos recuerdan que identificaron?**

SD: Mi recuerdo es la singularidad respecto de Devoto. Cuando empezamos a ir al CUE fue muy fuerte, porque estábamos en la Liga Argentina por los Derechos Humanos, que era querellante en los juicios a genocidas y exigía el reconocimiento de la violencia de género y su especificación como crimen de lesa humanidad pero además la Liga tenía una larga historia en la asistencia a personas detenidas y a sus familias durante la dictadura. En el CUE pudimos experimentar un cruce en la trayectoria de las mujeres presas durante la dictadura en Devoto y en otros penales, y en la inauguración de este complejo en 1979 porque se enunciaba como parte de los debates sobre las condiciones de encierro hasta hoy.

Entonces, lo primero que fue muy interpelador para nuestro grupo es que nuestra propuesta de taller de reflexión y escritura sobre Derechos Humanos tuvo que hacerse cargo de la singularidad de la situación de mujeres presas. Porque además vimos inmediatamente, como dijo Juan Pablo, que había compañeras que ya tenían experiencia organizativa. Me acuerdo que, por un lado, proponer experiencias de extensión era más complicado allí que en Devoto, porque en Devoto lo pedían los estudiantes coordinadores que manejaban en alguna medida el modo de inscripción, el modo de llegada a las propuestas de extensión. En Ezeiza teníamos una resistencia muy fuerte por parte del Servicio Penitenciario, además eran solo dos aulas y a veces estábamos de manera muy provisoria en un espacio de visita, nos impactó la diferencia con el CUD. El shock que tuvimos —porque fue radicalmente un shock— fue por las condiciones que llevan a las mujeres, tanto mayores como jóvenes (había un pabellón de menores), a la situación de encierro, y cómo la singularidad de los procesos de criminalización también incluye un criterio por el cual la justicia actúa en articulación con el Servicio Penitenciario desde perspectivas cisheteropatriarcales.

El desafío era recurrir a las organizaciones políticas que trabajaban esas condiciones y teníamos un apoyo muy fuerte por la politización que tenía en ese momento el centro de estudiantes en estado de formación. Porque el Servicio Penitenciario, en aquel momento, estaba tratando de usar consejos de convivencia en los pabellones, y había un contraste fuertísimo entre esas instancias cuando eran manejadas por el Servicio Penitenciario, y las instancias colectivas que se proponían en el centro de estudiantes incipiente. Ahí también la palabra tenía una singularidad que situaba las formas de solidaridad, de “sororidad” como nos enseñan los feminismos frente a las formas históricas por las cuales las mujeres han sido criminalizadas y perseguidas, y cómo se organizan para enfrentar la crueldad y la violencia de los sistemas represivos. Porque sin dudas, en el caso de las mujeres, y también de manera clarísima en el caso de las personas travestis y trans, llegan al encierro sometidas en una estructura jerárquica que, además, suele ser utilizada por fiscales y jueces para sumar agravantes a la acusación. El feminismo en nuestro país ha denunciado a la justicia cuando desde perspectivas cisheteropatriarcales acusa a mujeres cis o a travestis y trans de ser organizadoras de tramas delictivas de las que en realidad han sido víctimas.

Esto hoy constituye, como decía Juan Pablo, un núcleo de debate muy extendido de las luchas feministas y LGBTQ pero en el centro de estudiantes que estaba en estado de elaboración, esto implicaba trabajar el género desde el punto de vista de las condiciones del proceso judicial que estaban enfrentando; de las razones por las cuales el Estado siempre ha criminalizado de manera singular a mujeres, travestis, trans, porque serían “traidoras” a la concepción de lo que es una buena mujer, que preserva la moral de la familia y la propiedad; y las personas travestis y trans porque eran directamente concebidas como violadoras de la moral e incluso de sexualidades “desviadas” o “perversas”, todo lo cual tiene una singularidad en los procesos de acusación y de hecho, en los lugares de encierro.

JP: La doble condena.

SD: Claro, la doble condena. Porque, además, el Servicio Penitenciario históricamente tiene en la Argentina, desde el siglo XIX, formas de criminalización específicas a personas que estarían violando las nociones de moralidad dominantes. Esto es algo que aprendimos en el CUE, porque las mujeres vivimos esas jerarquías morales como violencia sobre nuestros cuerpos. Esta elaboración que nos han enseñado los feminismos *queer* se produjo en las actividades del PEC porque requería el pasaje de la propia experiencia vital a las condiciones de perpetuación de la violencia de género que fueron percibidas nítidamente como una cuestión histórica estructural. Y esto implicó también, y fue crucial en los espacios de escritura y de elaboración de nuestra carrera en el CUE, que las historias compartidas incluyeran la discusión sobre las propias representaciones e identificaciones en el marco de las tramas dominantes, sobre la familia, la maternidad, o los modos de sostener una tradición religiosa.

Como decía Juan Pablo, había un contraste entre la experiencia de los pabellones y la jerarquía percibida como parte de las formas de dominio de género, como parte de la inflexión del patriarcado (que no solo es la justicia o el Servicio Penitenciario sino del patriarcado en las relaciones eróticas, en las propias relaciones amorosas de toda la vida), porque además esas mujeres, y las personas travestis y trans también, se hacían responsables de la familia afuera. En el CUE era algo cotidiano que se hablara de la situación de niñas afuera, de la situación de personas mayores que estaban a cargo de niñas, pero que continuaban siendo responsabilidad de la persona privada de la libertad. Todo eso produjo una singularidad de género que hizo que la politización de la carrera fuera en una dirección concreta diferente. Y por eso mi recuerdo es que cuando empezaron a llegar las materias de los años más avanzados de la carrera, tanto los programas como las clases, se escuchaban y compartían desde miradas de género. Los distintos programas eran discutidos y disfrutados por su intervención en los cánones, las tradiciones desde perspectivas de género.

**Creemos que los seminarios y talleres que vos dictaste, Silvia, también fueron fundamentales en la producción de una serie de reflexiones y acciones que fueron marcando el camino del PEC y de la carrera de Letras en el CUE.**

SD: Mi recuerdo es que hubo varios momentos de inflexión respecto del Taller en el PEC y también respecto del programa de Teoría y Análisis Literario en la carrera de Letras. Recuerdo claramente el grupo de orientación para estudiantes de Letras en el CUE que ustedes coordinaron [Sabrina Charaf, Lucía Molina, Laura Navarro y Yanina García]. Recuerdo esa presencia como punto de inflexión porque fueron reconocidas de inmediato como parte de un grupo que no solo

---

---

distribuía tareas y funciones para el cumplimiento del programa, sino que proponía experiencias pedagógicas de modo integral y singular para recuperar los deseos y las expectativas respecto de la carrera de Letras. Ese espacio junto con la coordinación cotidiana que Juan Pablo hace del funcionamiento de nuestra carrera en el CUE, habilitó formas de exploración y fundamentalmente de pertenencia a la carrera que claramente excedían los límites del espacio universitario y que, me consta, resonaba en los pabellones, en los talleres de trabajo, en los diálogos con el mundo “extramuros” porque así llegaban al Taller que yo compartía una vez por semana.

También recuerdo como momento de inflexión el Taller Colectivo de Edición que organizó y sostuvo María José Rubin con el grupo docente. En ese taller, las formas activas de pertenencia que ustedes habían producido fueron canalizadas y encarnadas en la escritura, el diseño y la edición de publicaciones que pude ver en acción también como caja de resonancia y condensación de debates sobre géneros y sexualidades gracias a los diálogos que propuso Majo.

Otro momento de inflexión fue la intervención de Cynthia Bustelo del PEC y luego de Jesica Báez, Catalina González del Cerro y con otros compañeros del grupo Mariposas Mirabal para incluir la ESI en nuestro programa.

En alguna medida esa experiencia actuó respecto de una constatación que ya habíamos hecho en Puan, y es que la Ley de Educación Sexual Integral estaba llegando a las aulas de nuestra materia introductoria como parte de las experiencias pero también de las perspectivas de los estudiantes: algunos porque habían podido debatir y compartir sus alcances en la escuela; otros porque conocían los obstáculos para la implementación de la ESI operados por grupos desde el negacionismo respecto de los derechos humanos, especialmente de los orientados a los géneros y las sexualidades.

### **¿Esos debates también se daban en el Complejo IV?**

SD: En el Complejo IV estos debates llegaban a través de las visitas, las comunicaciones con las familias, pero fundamentalmente como demanda porque algunas estudiantes con hijes adolescentes registraban la relevancia de la ESI en la escuela por los diálogos sobre noviazgos, sobre la prevención de embarazos y, sin dudas, por cambios en las identificaciones de géneros y sexualidades respecto de la tradición familiar y en muchos casos religiosa.

Por otra parte, en 2016 el Servicio Penitenciario Federal desarticuló el Pabellón 6 del Complejo I institucionalizado en 2010 para alojamiento de personas que se declaran gays, travestis y trans. Ese espacio fue un logro de las luchas de organizaciones de travestis y trans contra los tratos degradantes, la violencia y la tortura que históricamente atravesaron esos colectivos en nuestro país. A partir de 2016, quienes habían hecho el cambio de nombre registral por la Ley de Identidad de Género y quienes declaraban que se autopercebían como travestis o mujeres trans, fueron alojadas en el Complejo IV. Esto produjo cambios en todos los espacios de trabajo, educación y visita. Este cambio en las condiciones de alojamiento llegó también a nuestro taller como demanda desde el sentido común con su carga de representaciones e identificaciones sobre los géneros y la sexualidad. También percibimos que eran reactivados percepciones y enunciados discriminatorios respecto de desigualdades y diferencias de nacionalidad, etnias, edades, corporalidades, etc.

Como la ESI estaba en nuestros programas en el CUE al menos desde 2010 como parte del compendio de leyes sobre géneros, sexualidades y DD. HH., el cambio en los debates que produjo

la presencia de Cynthia y del grupo Mariposas Mirabal consistió no solo en poner en acto la perspectiva pedagógica y política de la ley sino en un punto de inflexión respecto precisamente del sentido común y las identificaciones que sostenían mandatos cisheteropatriarcales a través de matrices binarias y excluyentes.

Dicho de modo muy simple, hasta ese momento la ESI se integraba en nuestro taller a discusiones y proyectos de escritura sobre la ampliación de derechos junto con la ley de Matrimonio Igualitario y la Ley de Identidad de género o la Ley de prevención y erradicación de la violencia de género, pero la escena “ESI” que Cynthia y Jérica propusieron activó y puso en primer plano las experiencias vitales desde deseos, afectos y la responsabilidad mutua en los cuidados junto con la revisión y hasta el cuestionamiento de afirmaciones cotidianas respecto de lo admisible y lo normal cuando excluyen o declaran desechables otras formas de vivir y de habitar nuestros cuerpos. Les estudiantes pudieron entonces poner en escena y cuestionar tanto la mirada autoritaria cisheteropatriarcal del Servicio Penitenciario como las propias identificaciones respecto de los modos “normales” de concebir los géneros y la sexualidad.

La perspectiva ESI puesta en acción por Cynthia y Jérica produjo un punto de inflexión en las relaciones pedagógicas, que permitió dialogar y actuar respecto de las resistencias de las propias estudiantes desde que el SPF había producido espacios de aislamiento y también de interacción con las compañeras travestis y trans en los talleres de trabajo, los espacios de visita o el propio ámbito del centro universitario. En la publicación *Desatadas*, que editó Majo Rubin, hay intervenciones cruciales sobre estas experiencias. De hecho, estas escenas en el CUE habilitaron núcleos de debates y prácticas pedagógicas que estamos ensayando en el programa de Teoría y Análisis Literario “C” en Puan.

JP: Eso que narra Silvia también me parece parte de lo que son los procesos de institucionalización de las intervenciones, que siempre mantuvimos esa tensión de ir reformulándonos, es decir, que la institucionalización no implique cristalizar una intervención, sino seguir pensándola, y al mismo tiempo, generar mayores intercambios entre la universidad y la cárcel, que la cárcel afecte a la universidad tanto como la universidad afecta a la cárcel. Lo que mencionaba Silvia de los encuentros sobre la ESI en 2019 es un ejemplo, porque si bien nosotres veníamos trabajando efectivamente en relación con el género, con los feminismos, las luchas LGBT, la propuesta que articulan Silvia con Cynthia aparece en un momento donde la ESI empieza también a generar transformaciones institucionales dentro de la propia Facultad, con equipos que venían trabajando hace mucho tiempo y que, de hecho, fueron parte de la redacción de la ley, pero que empieza a generar dispositivos específicos, por ejemplo, en Filo contra la violencia de género. Entonces eso produce también esos diálogos e intercambios que se van alimentando mutuamente entre adentro y afuera.

### **¿Qué otras transformaciones significativas identifican en el recorrido histórico por estos diez años?**

JP: Las transformaciones que tuvo este espacio a lo largo de estos diez años son difíciles de reconstruir porque también fueron marcadas por los tiempos de la política, por los procesos de organización afuera y adentro, por los cambios en las formas de criminalización, los cambios legislativos incluso, y bueno, con la pandemia obviamente. En este proceso de cambios e institucionalización que mencionaba antes, un hito importante fue el Proyecto Departamental de

---

---

Fortalecimiento de la carrera de Letras en el Programa UBA XXII, que implicó el reconocimiento por parte de la carrera y la consolidación de un proyecto formal de gestión. La intervención que propusieron ustedes y que mencionó Silvia, al principio con Lucía Molina y con Sabrina Charaf, pero también con Laura Navarro y ahora con Yanina García, y la reformulación que se fue dando en este equipo también con las y los estudiantes de la carrera a partir de la apertura de los grupos de estudio que organizan en el marco del proyecto departamental, implicó un cambio significativo para el recorrido de Letras ahí dentro, e incluso de los procesos de organización vinculados con extensión. Porque ahí hubo algo que además se puede registrar de manera muy clara: un salto en la cantidad de estudiantes, pero también una transformación del modo de vinculación con la carrera, a partir de un diálogo más intenso entre las actividades de extensión y de la carrera, como parte de una escucha y de una sensibilidad que aportaron ustedes a esos espacios. Porque todo eso que veníamos haciendo con Silvia de manera más improvisada, de repente tomó una forma más orgánica, un vínculo más constante y una preocupación por mantener ese vínculo de manera más directa, más afectiva, con las estudiantes, lo que también transformó el espacio.

Además, ya desde 2012 contamos con un Centro Universitario propio de la Universidad; aunque el Servicio Penitenciario sigue con su oficina ubicada dentro del centro, también la inclusión de un Proyecto Departamental implicó un cambio. Y me parece que es parte de esos procesos. Después, en 2019, cuando como dijo Silvia, se empezó a dictar en el CUE el Taller Colectivo de Edición, coordinado por Majo Rubin; se produjo la nueva revista *Desatadas*, que ya es una revista de la Facultad y sale de manera regular, o salía de manera regular hasta que nos pausó la pandemia. Y surgieron otras iniciativas que empiezan a articular también la experiencia acumulada del espacio como la articulación entre el Taller de Narrativa, el Taller Colectivo de Edición y el Taller de Género, que cruza nuevamente escritura, derechos y feminismos. Creo que también es parte de cómo se van reformulando las intervenciones en el espacio, cómo se van institucionalizando algunas cuestiones sin perder esa energía creativa y esa mirada crítica permanente sobre lo que hacemos y que también hace a la construcción del espacio, así como a este presente que tenemos hoy, que es un presente atravesado por la pandemia, a distancia, de comunicaciones telefónicas y de envío de materiales vía mail y alguna que otra videoconferencia que hemos podido hacer y que espero que pase pronto para poder volver a estar ahí, que es lo más importante.

Para cerrar, insisto en que el trabajo que ustedes realizaron y realizan en el CUE desde hace ya seis años, en el marco del Proyecto Departamental, también ahora en pandemia, es fundamental y además me parece que es ineludible, porque el cambio desde ese año fue notable. Me parece que ahí hay una escucha distinta, hay una sensibilidad distinta puesta en juego, una dedicación y un tiempo que politiza el espacio también, en el sentido de lo que veníamos charlando, porque es una nueva instancia de reconocimiento institucional, pero también un nuevo proceso de organización adentro y de construcción colectiva.

**Muchísimas gracias a ambos, por todo el trabajo realizado, y por el ejercicio de memoria, que también es parte de ese proceso de transformación, institucionalización y diálogo entre la universidad en la cárcel y la universidad en Puan. Aprovechamos para agradecerles también por tantos años de recorridos docentes y militantes compartidos, que en muchos aspectos nos fueron acompañando a lo largo de nuestro trabajo y marcando el camino.**

---

---

## Primavera anticipada

Valeria Cerrano

Llegar a cursar en la universidad es muy complicado y en este contexto esa apuesta se redobla.

Comencé estudiando una materia en el CBC y ese arduo romance duró aproximadamente 5 años, ya que solo cursaba una materia por cuatrimestre (como excusa), para que no me trasladan a otro penal. Debido a los interminables consejos de mis compañeras, prácticamente “me casé” con la carrera de Sociología, la cual me aportó muchísimos conceptos respecto a cómo analizar, algún día, una aproximación a las tensiones y distensiones de la sociedad en la cual vivimos (“bla, bla, bla”).

Hasta que un buen día mi compañera Vero me insistió en cursar como oyente una materia de la carrera de Letras; y pensaba “uf, complicado, ¿no?”. Sin embargo, Letras en mi vida significó encontrar a mi amante incondicional y compañera leal. Hoy en día ya casi estoy cursando la mitad de la carrera y disfruté plenamente de todas las materias del área de Letras Modernas, y derrapé con la de Lengua y Cultura Clásica, tanto en Griego como en Latín.

Si tuviera que pensar en un momento anecdótico de la carrera, recordaría, deteniéndome en una clase de Teoría y Análisis Literario, cuando de pronto irrumpen en el aula, por primera vez, las chicas del futuro grupo de estudios: Sabrina, Lucía y Laura, quienes se presentaron muy tímidamente, y terminaron siendo unas grosas porque construyeron un lugar increíble (fue mágico) que nos llevó a afianzar una amistad única e inquebrantable entre todas las compas de la carrera, no solo en el ámbito intramuros, sino también proyectado hacia el afuera y mucho más allá.

En palabras simples y comunes: en la carrera de Letras encontré una eterna primavera anticipada.

---

---

## Clases en la cárcel

Márgara Averbach

Mi primera experiencia de enseñanza en contextos de encierro fue en el CUD, donde di Literatura de los EEUU (mal llamada Norteamericana). El Programa UBA XXII vino a buscarme: yo había armado un programa alrededor de tres instituciones totales: esclavitud, cárcel y escuela, y daba dos libros carcelarios, cuyos autores eran líderes que pasaron largo tiempo en la cárcel y escribieron desde la celda (Leonard Peltier, lakota; George Jackson, afroestadounidense). Cuando me lo propusieron, me pareció una idea peligrosa y excelente y acepté enseguida. La verdad es que no sabía que existía el Programa. Al año siguiente, repetí el programa en el CUE. Para mí fue una experiencia inolvidable. El CUE (dos años) fue más fácil de transitar para mí por varias razones, la primera era la distancia desde mi casa; la segunda, la relación que tuve con las chicas del penal de Ezeiza fue mucho más cercana que la que había tenido con los varones en Devoto; y en tercer lugar, el lugar físico. En el CUD, sentía mucho el peso de las nueve puertas que había que atravesar hasta las aulas, y una vez ahí, la falta de luz natural. En Ezeiza, tanto al comienzo (antes de que se inaugurara el nuevo edificio) como el último año, cuando estábamos ya en medio del parque, la sensación era muy distinta: alguien me acompañaba en el camino, las puertas eran menos, cuatro o cinco, y mi sensación era de menor agobio porque las aulas tenían ventanas al verde y no hacía tanto frío. Por eso, sufrí el impacto de la realidad de la cárcel sobre todo en el CUD (hasta empecé a escribir poemas al respecto). Sin embargo, la anécdota que quiero contar pertenece al segundo año en que di la materia, cuando estábamos ya en el nuevo CUE, con vista al jardín. Es una historia corta que en cierto modo explica lo que es sentir el encierro desde adentro. Hacía algunas clases que habíamos empezado y yo ni siquiera había notado las rejas detrás de los vidrios de las ventanas: todo me parecía mejor que en el sótano del CUD y me bastaba con eso. Una tarde de truenos, una de mis alumnas, comentó lo siguiente: “¿Ve, profe? Ni siquiera podemos sacar la mano por la ventana para ver si llueve o no”. Las rejas eran un metal entretejido sin espacio para pasar un brazo. Imposible olvidar ese momento.

Para mí, el CUE y el CUD no fueron lo mismo que dar clases en Puan: las alumnas estaban mucho menos relacionadas con la literatura en general, no eran lectoras desde siempre y por eso, los esfuerzos que hacían para leer, para estar al día eran especialmente conmovedores. De instituciones totales (como la cárcel), sabían más que yo y más que cualquiera en Puan. Se los dije apenas empezamos. Y a veces no se podía dar la clase: la cárcel estaba cerrada; se había producido un incidente; había una revisión general. Las “razones” eran muchas. Un día, durante el primer año en el CUE, llegué después de una noche en la que habían matado a una chica que mis alumnas conocían. Ni siquiera intenté dar la clase: me di cuenta de que ellas necesitaban hablar y no de libros sino de lo que les pasaba. Ese día, la clase fue sobre todo el momento de ser libres, el momento de la charla y el encuentro. Y eso también era parte de mi curso sobre instituciones totales. No, no era igual que en Puan: las alumnas no preguntaban lo mismo, leían desde otra experiencia. Por ejemplo, sabían desde el cuerpo qué es una “institución total”; comprendían las reacciones frente a esa vida que aparecían en los libros carcelarios y comprendían que la escritura

también es una forma de resistencia. Para mí, en muchos sentidos, enseñar ahí fue bajar a tierra y, al mismo tiempo, me hizo sentir más segura todavía de mi idea general sobre la literatura (que va en contra de la tendencia mayoritaria en la Facultad), según la cual, hay una relación esencial entre lo literario y el mundo no literario; todo arte nace en el mundo y lo modifica al volver a él. Para las alumnas y alumnos, la clase era aprendizaje, sí, pero también era un momento de libertad (como dice Pilar Calveiro en “Violencias de estado”; un momento en el que no eran presas sino estudiantes).

Sea cual fuera la carrera, la universidad hace eso en la cárcel: organiza un espacio que devuelve la humanidad y la libertad a los internos por lo menos durante el tiempo de clase. Ahí, todos ellos son estudiantes, no presos. Y ellos lo saben. En el mejor de los casos, eso cambia la manera en que se ven a sí mismos, a sí mismas: implica un crecimiento que se atreve a ir más allá de la forma en que los define la institución total. La verdad es que no sé si Letras les da posibilidades de entrar en el mundo laboral cuando salen..., tal vez cualquier título ayuda para eso, pero sí creo que la lectura les abre el mundo de otra forma y les permite encontrarse detrás del trauma de la vida en la cárcel. Así, la función de la carrera es la de todas las humanidades: humanizar.

Desde mi punto de vista, lo que nos puede ayudar a entender la enseñanza de literaturas en lugares de encierro (no sé si es lo mismo con respecto a Lingüística, Lenguas Clásicas, etc.) está relacionado con algo que yo siempre preguntaba a mis estudiantes en Puan: ¿Para quiénes escribimos análisis literarios? ¿Analizamos un libro solo para los que conocen las jergas de ciertos enfoques críticos o, al contrario, para llevar la literatura más allá? Como la crítica afroestadounidense Bárbara Smith, yo creo que deberíamos estar del lado de la segunda opción. Hablar para los legos no quita profundidad a lo que se analiza y nos permite cumplir con la función social de llevar los libros y el interés por la literatura a todas partes. Eso, sin dejar de lado los conceptos teóricos, por supuesto. En ese sentido, mis tres años de experiencia en Devoto y Ezeiza no hicieron más que reafirmar lo que sé desde hace mucho tiempo: que en la división que hace Ángel Quintana entre quienes creen que la literatura tiene una relación genética con el mundo no literario (nace del mundo extraliterario y vuelve a él) y quienes creen que la literatura es “solo lenguaje” (como decía Barthes), yo estoy en el primer grupo.

---

---

## Literatura Española I en el CUE

Manuel Abeledo

Junto con Pablo Saracino y Erica Janin dimos Literatura Española I, medieval, en Ezeiza, en 2012. La organización, y la mayoría de las clases, quedaron a mi cargo porque tenía amplia experiencia en el CUD: había dado la materia, un taller de literatura policial y otros. Eran seis estudiantes que cursaban con nosotros, y lo primero que recuerdo fue la sorpresa al ver a una mujer del servicio penitenciario parada en la puerta del aula abierta: yo estaba acostumbrado a una autonomía en ese sentido en el CUD que no se replicaba aquí; era la primera vez que iba a dar clase frente a las fuerzas de seguridad. En general en nuestra Facultad tenemos un sentido común más "a la izquierda" del mayoritario, mucho más que el que suele imperar en las fuerzas, y eso se ve en las clases, dentro y fuera de Ezeiza o Devoto, así que realmente me sentía como si hubiera una interferencia producida por un ser de máxima ajenidad (que, nobleza obliga, siempre fue amable y nunca mostró mala relación con las estudiantes). La cursada no fue fácil, para ser honesto debo confesar que no creo haber logrado comprometer del todo a las estudiantes con la materia; creo que mis compañeros tuvieron mejores experiencias en ese sentido y que con los años se fue consolidando el espacio con otras formas y prácticas colectivas. En ese cuatrimestre, me parece que hubo algo que ocurría en Devoto y que no percibía tanto en las clases de Ezeiza, y es que la materia verdaderamente era una oportunidad, una chance para los estudiantes de escapar de la lógica de estar preso por un rato. Una cosa que siempre me quedó marcada de la experiencia en Devoto era el rotundo cambio de clima que generaba el grito lejano de la palabra "reintegración", que señalaba la hora de abandonar el CUD. Era el fin de un hechizo, el carro convertido otra vez en calabaza. Creo que la carrera puede cumplir infinitas funciones en contexto de encierro, pero si solo cumpliera esa, la de producir por un ratito la ilusión de no estar en un contexto de encierro, sería suficiente, y creo que es una función que no debemos olvidar. No sé si pude cumplirla totalmente en Ezeiza, pero creo que parte de la diferencia tuvo que ver con que en 2012 no había aún un espacio propio y autónomo, y se daban clases en un espacio que nunca dejaba de mostrarte que, más allá de todo, seguías en la cárcel. Creo que hubo otro problema con esa cursada, que tenía que ver con la lógica académica, y era que los contenidos no podían ser dados de manera idéntica en Ezeiza que en Puan, ya que no teníamos tantas horas disponibles para dar clase. Pero aun así siempre me preocupé porque nadie sintiera que estaba teniendo un título de segunda, que valía menos o implicaba menos que el título de quien estudió en Puan. Ahora a la distancia, creo que hubiera facilitado la tarea el reconocimiento de un estado de excepción, al menos en algunos aspectos, desde una lógica mucho más consciente del lugar que todos ocupábamos, y del espacio o territorio en el que uno se encuentra.

---



---

## “Es siempre a partir de un ahora que cobra sentido un pasado”

Camila

Al crear o re-crear la propia vida, es decir al producir una autobiografía, se vuelve a pensar aquello que está pero que no se deja ver a simple vista. [...] Cuando recordamos y expresamos algo acerca de aquello que hemos vivido, hacemos algo más que traer el pasado, estamos creando, produciendo, interpretando, valorando, en fin, otorgándole significado a nuestras vivencias y experiencias. [...] Lo vivido en el pasado se re-hace, se re-piensa, se re-cuenta en función de quienes somos en el presente y ese simple acto nos enfrenta a nosotros mismos, a lo que somos y a lo que podríamos ser (Andrea Alliaud, “Escuela y docentes”: 2).

Me presento para compartir un breve “portafolio” de lo que fue mi primer encuentro con la Universidad de Buenos Aires.

Dicho encuentro fue en el año 2012, bajo el Programa UBA XXII —Programa al cual le “debo” mi título universitario—.

Empecé, por aquellos años, tres CBC al mismo tiempo, no sabiendo bien qué quería estudiar, o más bien si quería estudiar. La ilusión de irse en libertad, que se tiene constantemente en contexto de encierro, quizás juega en contra en el momento de planificar cosas a futuro, por decirlo de alguna manera; pero a su vez, distintos programas y/o docentes, pertenecientes al Programa anteriormente citado, te ayudan a entender que, pese a que eso suceda, o más bien, mientras ello sucede, ¿por qué no estudiar?

Así fue, que, pese a mis dudas, comencé el CBC de Sociología, Letras y Derecho, simultáneamente.

Recuerdo haber empezado a cursar, en el primer cuatrimestre, Introducción al Pensamiento Científico, Economía, y Sociedad y Estado; en aquel momento, estaba por abandonar en la segunda clase, por decirlo de alguna manera; saliendo de la secundaria, encontrarme con tantos textos y conocimientos, nunca antes vistos, me dio “temor”. Pero fueron, principalmente, los mismos docentes los que nos animaban a seguir, los que en cada clase se ocupaban y preocupaban por que cada una de nosotras aprendiera, más allá de los contenidos programados en cada programa.

Me quiero centrar aquí, para no ser tan extensa y repetitiva, en un “balance” general de la experiencia nombrada.

De Derecho, pese a haber sido la carrera que en principio más me interesaba, solo he culminado tres materias; quizás fue porque la misma no se presentaba en las aulas, solo se podía rendir de forma libre. Fue aquello lo que hizo que mis ganas, mi compromiso con la misma, no sea lo que yo esperaba y/o anhelaba; y no es un dato menor, ya que tal como señala Alliaud, la importancia del contacto con los docentes, con cada docente, determinará, también, el estado, el compromiso, la voluntad, el aprendizaje del alumno.

---

---

Por su parte; Letras y Sociología me “invitaban” continuamente a sus aulas, fue por ello, seguramente, que he decidido involucrarme con las mismas. A lo largo de los primeros años, cursé ambas carreras en paralelo, pero luego, al verme más avanzada con Sociología, he decidido “hacer un parate” en Letras, para involucrarme “de lleno” con Sociología —carrera en la cual estaba más avanzada—.

“La escuela transmite saberes, pero la escuela democrática transmite no cualquier saber y no de cualquier manera”. No transmite solo los saberes, según lo que Paulo Freire llama “sistema bancario” para aprobar un examen y pasar al nivel superior, sino que transmite saberes que permiten, a la vez, inscribirse en una historia y proyectarse en un futuro” (Phillipe “La opción de educar y la responsabilidad pedagógica”: 7). Esta cita de Phillipe resume y señala justamente mi paso por el Programa UBA XXII. El Programa UBA XXII hizo que progrese, que me transforme; cada docente y/o coordinador que me ha tocado conocer demostró que su objetivo no era un “sistema bancario”, ellos no pretendían que nosotros aprobemos simplemente para lograr, luego, recibirnos, sino más bien, pretendían, tal como menciona Phillipe, que nos proyectemos en un futuro, o como diría Alliaud, acompañarnos dentro y “fuera” del aula. Será por tal motivo que me acuerdo de cada uno de ellos, y con muchos de ellos sigo, hasta el día de hoy, teniendo relación; “[...]se mencionan (hasta con nombre y apellido) aparecen caracterizados como buenos docentes y además buenas personas; es decir, ayudando, escuchando [...] a través del tiempo y fuera de los espacios escolares” (Alliaud “Escuela y docentes”: 4).

Hoy me encuentro cursando el profesorado de Sociología, luego de haberme recibido a fin del año pasado de Licenciada en Sociología; como mencioné casi al principio de este portafolio, mi título “se lo debo” al Programa UBA XXII, porque fue por éste que empecé a estudiar, que pude estudiar bajo contexto de encierro; fue justamente por la creación del Programa pero aún más por la voluntad, el cariño, la predisposición, el respeto y el compromiso de cada docente, por lo que he podido estudiar, he podido recibirme.

He cursado bajo el Programa casi seis años, pero uno de ellos, pese a seguir en contexto de encierro, lo he podido cursar y desarrollar en las aulas de Santiago del Estero, sede de la Facultad de Ciencias Sociales. Tal como señalé anteriormente, en la cita de Phillip, los coordinadores, los docentes no pretendían un sistema bancario de mí, no querían que me conforme con estudiar solamente en las aulas de Ezeiza; fueron ellos mismos los que gestionaron y anhelaron, hasta por momentos más que yo, que empiece a estudiar en Santiago del Estero; y fue así que estuve un año saliendo dos veces por semana bajo la modalidad de “salidas transitorias por estudio”; experiencia de la que tengo gratificantes recuerdos (el salir para estudiar, la experiencia de las famosas aulas de Santiago del Estero, los “recreos”, el bufete, la entrada de los docentes, las escaleras, los carteles, los compañeros, la fotocopidora; todos recuerdos —imágenes— que vienen a mi cabeza simultáneamente al escribir este breve portafolio, los llevo conmigo a diario, en lo más profundo, allí donde a veces es difícil explicarlo con palabras mismas, donde te das cuenta que no existen las palabras para describirlo).

En 2019, cursando el segundo cuatrimestre, me he ido en libertad; pero a las dos semanas de haberme ido retomé mis estudios, terminando así dicho cuatrimestre, para luego cursar, durante todo el año 2020, las 4 materias que me faltaban para poder egresarme. Lo que vale señalar de estos años en libertad es que el 12 de septiembre del 2019, tan solo un día después de haberme ido en libertad, he recibido el llamado de casi todos los docentes que había tenido durante mi paso por el Programa UBA XXII. ¿Hay palabras para explicar ello? Claro que no las hay, es una experiencia

---

---

totalmente única, satisfactoria, es de esas experiencias que guardás con amor. Docentes y coordinadores me llamaban felices por mi salida, pero no solo para “felicitar” sino para apoyarme; me preguntaban si necesitaba algo, en qué podían ayudarme, etc. Cada docente desde su lugar me brindó un espacio, de ayuda, de reflexión, de acompañamiento... “Ser elegido, nombrado, reconocido, favorecido, querido, escuchado, ayudado por algún maestro o profesor particular se recuerdan como situaciones o episodios altamente gratificantes” (Alliaud “Escuela y docentes”: 3); es justamente gratificación lo que sentí y siento hacia mis docentes, hacia mis coordinadores; son experiencias que me ayudan a progresar a mí misma, y en las cuales me quiero reflejar en el momento que culmine mi profesorado y me toque, a mí también, ser docente. Estudiar en el Centro Universitario de Ezeiza, bajo el Programa UBA XXII, es una experiencia de la cual no tengo recuerdos malos, sino todo lo contrario, es una experiencia que debo valorar cada día; no solo por haberme, luego de unos años, recibido, sino por el compromiso y el amor de cada docente para conmigo. Dicho Programa es mucho más que un título universitario —sin sacarle mérito al mismo—, es la relación con docentes y coordinadores dentro y fuera de las aulas. Cada materia, cada aula, cada docente, cada coordinador, cada curso, cada encuentro, todo lo que promete y abarca el Programa UBA XXII, es lo que yo podría resumir como amor a la profesión que ha elegido cada uno de ellos: “es siempre a partir de un ahora que cobra sentido un pasado” (Paley, Angelino, Pagani); hoy, tiempo después, cobra sentido mi pasado.

Espero, de todo corazón, algún día, cuando sea docente, porque así lo quiero y así lo deseo, poder de alguna u otra forma devolver a mis alumnos todo lo que me han dejado mis docentes.